



COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

Y la viejecita de blancos cabellos, con ojos arrasados por las lágrimas, se sentó frente a nuestra mesa de trabajo en esta redacción, comenzando a hablar con voz velada por la emoción:

—“Señor periodista; soy una madre cubana. Dos hijos he tenido, dos pedazos de mi alma que he llevado en mis entrañas y a los cuales siempre inculqué por igual, desde niños, los sanos principios de la moral cristiana y los puros entusiasmos del amor patrio.

“El mayor, desde pequeño, mostró vocación por la carrera de las armas, ingresando hace algunos años en el Ejército. El otro eligió una profesión universitaria y pocas asignaturas le faltan para graduarse en nuestro máximo centro docente.

“En ningún momento una nube pasajera opacó el cariño fraternal entre ellos y sus ideas, aun siendo opuestas al examinar algunos ángulos de la vida, jamás chocaron con violencia. Yo, orgullosa, contemplaba a aquellos seres que tan alto concepto tenían del vocablo “hermano”.

“Actualmente, sin embargo, señor periodista, me considero la más infeliz de las mujeres. El mayor, llamado a campaña, ha marchado a cumplir con su deber. El más pequeño ha noches que no duerme en casa. Temeroso de ser detenido, pues con esa intención lo han ido a buscar en varias ocasiones, se ha ausentado de la casa solariega donde siempre encontrara calor de hogar y debe hallarse oculto en alguna parte... O labrá corrido a unirse a otros compañeros de ideales. Pero los dos son mis hijos.

“Acaso la adversidad los lleve a encontrarse en algún instante, frente a frente, en apartado rincón de nuestra campaña, bajo ese cielo purísimo que debía cobijar amorosamente por igual a todos los cubanos. Y sin reconocerse, en medio del fragor de la pelea se acometan entre sí, sin pensar que son hermanos. Pero los dos son mis hijos.

“Y uno de ellos habrá de resultar vencedor y otro, fatalmente, saldrá vencido. Pero mi corazón no podrá sentir el orgullo del triunfo de un hijo sobre otro hijo de mi propia entraña. Las hojas de la corona de laurel que se coloque sobre la frente del victorioso, solamente podrán servir para enjugar las lágrimas de mi dolor por el vencido.

“Quizás todavía estemos a tiempo, señor periodista. Acaso aun se puede evitar la fratricida contienda, aunque evitando claudicaciones vergonzosas. Comprensión, transigencia y patriotismo se me imaginan en los actuales momentos los mágicos vocablos que podrían llevar la tranquilidad y el sosiego a los hogares cubanos, en los cuales este año, seguramente, al advenir los días sagrados, no podrán escucharse en ellos las místicas palabras: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

Y la anciana de blancos cabellos no pudo continuar hablando. Las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas y la emoción ahogaba sus palabras. Adivinamos en su acerbo dolor, la misma aflicción de la Patria.

CR